

Una nueva constelación

Alfredo Pastor
Profesor del IESE
Cátedra Banco Sabadell
de economías emergentes

Esta semana nos dejaba Luis de Sebastián, economista y hombre de bien, a quien tuve el gran privilegio de conocer un poco. Sus preocupaciones solían ir más allá de la coyuntura, hacia las relaciones entre países ricos y pobres. Parece adecuado evocarlas hoy, cuando es posible adivinar que esas relaciones van a sufrir cambios profundos. Tras signos apuntan en la misma dirección: en términos económicos, los países emergentes (86 por ciento de la población, 44 por ciento del PIB mundial) nos necesitarán cada vez menos.

Desacoplamiento

El primer signo viene del comercio: algunos habían pensado que las economías emergentes podrían desengancharse de las avanzadas y quedar, esta vez, a salvo de la crisis. Parece no haber sido así, porque las previsiones de crecimiento para este año y el que viene son negativas para casi todo el mundo; pero quizá se trate de una apariencia: en las cifras pesa mucho la caída del crecimiento de China. Esta es real, y debida sobre todo a la recesión en EE.UU.; sin embargo, esa dependencia es algo transitorio: el sector exportador ha sido la palanca de la modernización de la economía china, pero su peso relativo está llamado a reducirse, a la vez que el destino de sus exportaciones irá orientándose hacia otras economías emergentes, que pueden recibir bienes de tecnología intermedia a cambio, por ejemplo, de recursos naturales. Así, el desacoplamiento comercial irá haciéndose más probable.

Capitales

El segundo signo viene de los flujos de ahorro. Ya sabemos que son países relativamente pobres quienes financian a alguno de los más ricos. Hasta ahora ha habido buenas razones para ello: la principal ha sido la oferta, por parte de los países industriales, de activos transparentes, vendidos en mercados líquidos y seguros. Esta oferta ha desaparecido con el derrumbamiento del sistema financiero norteamericano, que ha infligido enormes pérdidas a algunos grandes inversores. Estos estarán buscando alternativas: no es difícil imaginar, por ejemplo, que construir y financiar infraestructuras en Africa a cambio de acuerdos estables de suministro de materias primas energéticas, minerales y agrícolas sea un negocio mejor, para China, que seguir comprando bonos del Tesoro norteamericano. De este modo, dejaremos de ejercer una atracción irresistible sobre el ahorro de los países emergentes.

Tecnología

¡Ah! Pero las economías emergentes no pueden prescindir de la tecnología occidental. Verdad, sólo hasta cierto punto. Piense el lector que los más recientes avances tecnológicos –información, biotecnología, neurotecnología- no se dirigen a remediar las carencias básicas de los países pobres -vivienda, sanidad y educación universales y de buena calidad-, de modo que el desajuste entre los frutos de esas tecnologías y las necesidades de la mayoría de la población va en aumento. No parece un disparate pensar que los países emergentes vayan desarrollando tecnologías menos avanzadas, pero suficientes, y vayan liberándose del dominio de la técnica occidental, que, dicho sea de paso, en ocasiones ha hecho más daño que bien.

Liderazgo

Se trata, claro, de procesos muy lentos, y en modo alguno inexorables; porque los países emergentes son mucho más heterogéneos, y están mucho más aislados, y aún enfrentados entre sí, que los países industriales: no hay que pensar en un bloque de países emergentes moviéndose al unísono, y, por consiguiente, los países avanzados pueden seguir confiando, por un tiempo, en la combinación de potencia militar y habilidad diplomática que permite dividir para reinar. Pero son procesos posibles, y aún probables. Mientras siguen su curso, no dejaremos de preguntarnos, siquiera sea de vez en cuando, si es una buena idea esforzarnos para que prosiga el crecimiento de la economía mundial al ritmo de los últimos doscientos años. Si la respuesta es, como pensamos algunos, negativa, entonces los países avanzados tendrán una ocasión (quizá la última) de estar a la altura: dando ejemplo de cómo se puede vivir con algo menos. Porque son, naturalmente, los países ricos los que más margen tienen para ceder algo de su bienestar material; no es algo que se pueda pedir a los países pobres. Si hacemos nuestra esa responsabilidad es posible entrever, para dentro de medio siglo, un mundo algo más armónico con una población espontáneamente estabilizada; si seguimos como hasta ahora nos espera una etapa de conflictos más o menos abiertos, a cuyo término Occidente puede haberse convertido en algo irrelevante. El peso de la urgencia que trae consigo la crisis actual parece liberarnos de la necesidad de pensar en estos problemas más profundos; precisamente por eso notaremos la ausencia de alguien que mantenía la vista fija más allá de sus narices.

29 05 09